

LA ECONOMIA JAPONESA (1)

Por *ENRIQUE GARCIA SAYAN*
Profesor de Economía Política en la Universidad
Católica del Perú

El papel cada vez más importante que viene desempeñando el Japón en la escena contemporánea, atrae la atención del mundo entero. Su prodigiosa evolución de un Estado feudal a una gran potencia moderna durante los últimos setenta años constituye un fenómeno de una magnitud sin precedente y que bien puede calificarse—usando de la expresión que André Maurois aplicara a Inglaterra—como uno de los mayores éxitos de la especie humana. La expansión japonesa, que ya ha variado el orden político en el lejano Oriente, se deja sentir en todas partes en su aspecto comercial. Dificilmente ofrece, pues, ningún otro país un campo de estudio y de observación más instructivo y fecundo. Un viaje al Japón resulta, por ello, sugestivo como ningún otro. De allí que estimara como un verdadero privilegio la invitación de que fui objeto para visitarlo, integrando, como delegado de la Universidad Católica, la Misión Económico-Cultural Peruana que viajó a ese país el año pasado.

Nuestra permanencia en el Japón se prolongó más allá de seis semanas, que apenas bastaron para dar cumplimiento al nutrido programa que se compuso en honor de la Misión Peruana por las instituciones invitantes, auspiciadas por su Gobierno. Las más espléndidas y exquisitas atenciones sociales alternaron en el curso de nuestro vasto recorrido, con visitas a las grandes fábricas, así

(1) Conferencia sustentada en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Católica, el 6 de noviembre de 1939.

como a los santuarios y lugares históricos, con excursiones para contemplar la imponderable belleza de ciertos paisajes y, finalmente, con reuniones en las Cámaras de Comercio de Tokyo y Osaka en las que se cambiaron ideas y se formularon recomendaciones sobre el fomento del intercambio comercial y cultural peruano-japonés. Las demostraciones de cordial y gentil hospitalidad de que en todo momento fuimos objeto, contribuyeron a hacernos gratisima la estancia.

Durante nuestra gira por las principales ciudades del país y por la bellísima campiña japonesa recogimos múltiples impresiones del pueblo, consagrado al trabajo en el taller, en la escuela o en el campo; de la admirable organización de las fábricas; de las deficientes condiciones de vida de los campesinos y de las superiores de los obreros; del mantenimiento de las tradicionales costumbres y modalidades en la vida doméstica; del espíritu de trabajo y de disciplina, en fin, de ese pueblo sobrio y esforzado, que impulsado por el más templado patriotismo y por un sentido heroico de la vida, ha superado la avaricia con que lo había tratado la providencia, en cuanto a recursos naturales se refiere, erigiéndose, en pocos años, en uno de los principales protagonistas de la historia.

Al recorrer los barrios modernos de las inmensas urbes japonesas, sembrados de rascacielos y de edificios ultramodernos frente a los cuales no deja de producir un fuerte contraste la arcaica y pintoresca indumentaria de casi todas las mujeres y de buena parte de los hombres, venían a mi recuerdo las descripciones de las ciudades y de la vida del país de hace siete decenios, que conocía a través de los relatos de mi abuelo, el Contralmirante don Aurelio García y García, quien presidiera la primera delegación diplomática que el Perú envió al Japón y a la China en 1873, con motivo del ruidoso incidente ocurrido en el puerto de Yokohama con la barca peruana "María Luz", que traía "coolies" de Cantón. El Perú fué, por tal circunstancia, el primer Estado latinoamericano que entabló relaciones con el Japón que, apenas salido de la Edad Media en que vivía, marchaba ya a un ritmo acelerado, impuesto por la voluntad de un monarca genial, el Emperador Meiji, hacia la posición preponderante que hoy ocupa.

Pero el lejano "Imperio del Sol Naciente" seguía aún envuelto, hace setenta años, en fantásticas leyendas y muchos se lo re-

presentaban, a lo sumo, como al país de los cerezos en flor y de los crisantemos, de las "geishas" seductoras y de los templos y jardines maravillosos.

Se pensó, entonces, enviar a la Delegación peruana en un barco de guerra, el "Huáscar", con el objeto, quien sabe, de presionar al Gobierno japonés, mediante esa demostración de fuerza, a que consintiera en las satisfacciones que el Perú reclamaba. El Japón no tenía aún una marina de guerra. Pero sin necesidad de desplantes de ningún género, el plenipotenciario peruano llevó a feliz resultado sus negociaciones, que en buena parte se realizaron con el propio Emperador. Obtuvo en primer término, para nuestra patria, las debidas satisfacciones por el agravio inferido a un buque de su bandera, sometiéndose la solución definitiva del incidente al arbitraje del Zar de Rusia; y luego suscribió en Tokyo, el 21 de agosto de 1873, con el célebre Canciller Soyeshima-Tane-Omi, un tratado de Paz, Amistad, Comercio y Navegación.

¡A qué paso tan distinto iban a franquear las dos naciones, a partir de aquel suceso, las etapas de su evolución!

Cuando el Perú, por las razones recordadas, entró en trato con el Japón, hacía apenas diecinueve años que la célebre expedición norteamericana comandada por el Comodoro Perry había exigido con sus cañones, en 1854, la apertura de los puertos del Imperio al comercio internacional y la conclusión de un tratado de comercio con los Estados Unidos. Puede decirse que en 1854 el Japón dormitaba en una etapa de su civilización que, aproximadamente, correspondía al siglo XII en Europa. Si bien en los dominios de las artes y las letras se habían alcanzado expresiones superiores, el nivel de la economía correspondía al de los pueblos primitivos de pescadores y agricultores. En la sociedad prevalecía un cerrado régimen de clases y la población del Imperio, estimada en 26 millones de habitantes, vivía bajo un régimen feudal en el que 270 señores o "daymios", rodeados de huestes de "sumurais", dictaban la ley y oprimían a sus siervos desde sus imponentes castillos fortificados. Una rigurosa ley de reclusión mantenía al país aislado y sin intercambio con extraños, desde hacía cerca de dos siglos. Las influencias de los misioneros y mercaderes españoles y portugueses de los siglos XVI y XVII y las de los holandeses e ingleses de esta última centuria, se habían desvanecido.

El restablecimiento en 1854 del contacto con los extranjeros, trajo consigo al principio y hasta 1868, constantes fricciones que muchas veces degeneraron en matanzas y asesinatos, tanto de extranjeros como de japoneses; pues los tratados celebrados con las naciones occidentales provocaron la desconfianza y animadversión popular. La apertura del país a los "hombres blancos" llegó a estimarse como un acto de traición y de usurpación de parte del Shogun, por haber éste firmado los acuerdos sin la sanción imperial. La conmoción culminó con el asesinato del Primer Ministro Iikamon.

Es de recordar que el régimen del shogunato se había implantado en el Japón desde hacia siglos, por efecto de la anarquía civil y de la incapacidad del Gobierno Imperial para resolver los conflictos. Poderosas familias, sin destronar al monarca pero privándole de sus principales prerrogativas y reduciéndole a un rol meramente representativo, se posesionaron sucesivamente de la dirección del Gobierno, llegando a convertirse con el tiempo en una característica normal del régimen político japonés, lo que en realidad constituía una usurpación del poder imperial.

Fueron precisos los trastornos causados por la llegada al país de los occidentales y la coincidencia del advenimiento al trono del emperador Mutsuhito, quien sucedió a su padre en 1868, a la edad de 18 años, con el nombre de "Meiji-Tenno", para que cambiara por completo la fisonomía política del país y se iniciara su asombrosa transformación. Con Meiji comienza una nueva era y la historia del Japón moderno.

La restauración de poder imperial, lograda por Meiji, se estima con razón como una verdadera revolución. El último de los shogunes, Keiki Tokukawa,—perteneciente a la casta de éste último nombre que detentaba el poder desde el año 1600—, siguiendo la línea de menor resistencia, abdicó en 1868 su posición de Generalísimo del Imperio e hizo entrega de toda su autoridad y dominios al Emperador en Kyoto. Otro tanto se vieron precisados a hacer, de grado o por fuerza, los 270 "daymios" o señores feudales.

El joven Emperador y sus consejeros pronto comprendieron que el Japón, para sobrevivir a su choque con Occidente y no verse reducido al vasallaje, necesitaba modernizarse. Como primera medida la capital fué trasladada de Kyoto a Yedo, desde hacía

muchos años la sede efectiva del Gobierno, y se cambió su nombre por el de Tokyo, que quiere decir "Capital del Este". En seguida se emprendió la reorganización administrativa conforme a los modelos occidentales y se enviaron comisiones de estudio a Europa. Desde 1871 las reformas se suceden vertiginosas: se codifican las leyes penales y civiles; las finanzas públicas se colocan sobre bases estables con la fundación de un Banco Nacional y de otras instituciones de crédito; se implanta un régimen monetario basado en el oro con el "yen" como unidad, sustituyéndose así los pagos en dinero a los pagos en especies; se tienden líneas ferroviarias y telegráficas por todo el territorio; se mejoran los puertos; se construyen faros y se establece un sistema nacional de educación. Como resultado de esta impetuosa marcha, al fallecimiento del gran monarca, en 1912, el Japón, después de sorprender al mundo con su victoria obtenida sobre Rusia en 1905, se encontraba elevado al rango de gran potencia, con una marina y un ejército tan temibles y eficaces como los de las naciones occidentales.

Y lo extraordinario de esta transición sin etapas, de un estado feudal a un Imperio industrial y militar de primer orden, es que haya podido llevarse a cabo preservando las antiguas costumbres y tradiciones. Los japoneses se han adaptado a la técnica más moderna sin perder ninguna de las características milenarias de su personalidad. En los vestidos, en la arquitectura doméstica, en el culto religioso, y en casi todas las relaciones y modalidades de la vida, se advierte la supervivencia vigorosa del Japón legendario. Son todo un símbolo aquellos japoneses que, sin desprenderse del kimono, andan por las calles con un sombrero hongo sobre la cabeza.

El mantenimiento de los usos y costumbres clásicas, lejos de ser combatido es, antes bien, estimulado y bien visto. Es muy elocuente el hecho de que en el teatro sigan contando con el mayor favor del público las piezas que exaltan las virtudes tradicionales de ciertos héroes populares.

No todos los reformadores han procedido así, sin embargo. Conocidos son los métodos de Kemal Pashá, el ya finado dictador turco, que creyó necesario, para modernizar a su país, desarraigar todo aquello que fuese expresión del pasado y que era lo que precisamente le daba carácter a su pueblo. Fué así como empezó por

desterrar el uso del velo por las mujeres,—el sugestivo "tcharchaf" que dramatizara Loti—, y del "fez" por los hombres, llevando el rigor de la prohibición hasta el extremo de ahorcar a algunos viejos recalcitrantes.

Pero, volviendo al Japón ¿cómo ha podido operarse en tan corto tiempo su transformación sin paralelo?—¿Qué métodos la han hecho posible?—¿Cómo ha logrado el "Imperio de las Islas", con sus exiguos recursos naturales, proveer al sustento de su creciente población y organizar, al mismo tiempo, su formidable expansión industrial y política? He aquí algunas de las interrogantes que plantea el caso japonés y que me propongo estudiar en la presente conferencia.

Debo referirme, en primer término, al cuadro natural.

El grupo de cuatro grandes islas que constituye la parte esencial de su territorio,—o el Japón propiamente dicho—, tiene apenas una extensión de 381 mil kilómetros cuadrados, superficie poco mayor que la de Italia y menor que la de Finlandia. Si a esto se agregan los grupos de cerca de cuatro mil islas e islotes menores del archipiélago (Ryukyu, Pescadores), la isla de Formosa, los territorios de Corea y Kwantung en el continente, y la mitad de la isla Sajalin, se obtiene un gran total de 675 mil kilómetros cuadrados. Pero no cabe atribuir a los territorios incorporados al Imperio, algunos de ellos recientemente, un concurso muy decisivo en la expansión del país, que proviene, fundamentalmente, de lo que se conoce como "Japón propio".

Las cuatro quintas partes del territorio insular japonés se encuentran cubiertas de montañas volcánicas, que reducen los espacios cultivables y suficientemente ricos en tierra vegetal a un 15 o 20 % de la superficie total o sea, más o menos, a 15 millones de hectáreas, de las que más de la mitad están ocupadas por florestas. Cuando en 1854 el Japón hubo de poner término a su aislamiento, los 26 millones de habitantes que lo poblaban vivían de su suelo y de los peces de sus mares. Se considera que en las condiciones de la economía de entonces el país sustentaba el máximo posible de población. Esta, por lo demás, se mantenía estacionaria desde hacia cerca de un siglo.

Pero no obstante la limitación de la producción agrícola impuesta por la falta de nuevas áreas cultivables, el Gobierno, lejos de continuar aconsejando la limitación de los nacimientos, empezó, después de la restauración, a promover y a estimular por diversos medios, el aumento de la natalidad. La fórmula de Meiji del "Resurgimiento por la industria" ("Sangyo rikkoku"), exigía para su realización más brazos. Fué así como se produjo un acelerado aumento de la población, con el resultado de que al practicarse el último censo, en 1935, el Japón tenía una población de 70 millones. La cifra se aproxima a los 100 millones si se comprenden los demás territorios sometidos al Imperio.

El Japón es hoy el país más densamente poblado de la tierra, después de Bélgica, Holanda e Inglaterra. Con relación a su superficie total, tenía en 1936 una densidad de 190 habitantes por kilómetro cuadrado. La densidad específica de sus campiñas fértiles próximas a las grandes ciudades es mucho mayor: hasta 1000 personas viven en ellas por kilómetro cuadrado. La población del país aumenta en un millón cada año, lo que representa un crecimiento de 13.43 por cada 1000 habitantes.

La limitación de los productos agrícolas alimenticios y la falta casi absoluta de las materias primas esenciales, no arredraron pues a los forjadores del Japón moderno, que de pronto tomaron la indómita resolución de convertirse en una gran potencia, capaz no sólo de defenderse de los "bárbaros" extranjeros, sino también de igualarlos, cuando no superarlos, en el terreno de la técnica y del progreso industrial. Y como no podía contarse para tamaña empresa con el producto de la exportación de materias primas o agrícolas, se decidió transformar radicalmente las condiciones de la economía del país, convirtiéndolo de un estado agrícola en otro industrial. Sólo una poderosa industria podía enriquecer al país. De allí la célebre fórmula del "Resurgimiento por la Industria", que sintetizaba todo un programa. El caso de Inglaterra cuya población tampoco encuentra sustento y espacio necesario en su isla, iba a servirle al Japón de ejemplo y de modelo. Pero mientras la industrialización y el poderío de Inglaterra son el resultado de una evolución política, social y técnica que ha durado dos siglos, y del concurso de un imperio colonial que se extiende a todos los conti-

nentes, en el Japón se iba a salvar el recorrido en cincuenta años, y sin contar con fuentes coloniales de abastecimiento.

Mas, ¿cómo empezar?—¿cómo obtener los primeros recursos para el equipamiento del país? El Japón no habría conseguido su propósito, seguramente, de haberse abandonado al “dejar hacer” liberalista que a la sazón campeaba en Europa. Su éxito se debe a que se puso a obrar siguiendo un plan. Su trabajo organizado y previsor es, tal vez, la primera experiencia en vasta escala de la “economía dirigida” en un Estado moderno.

Como solo el Estado tenía en el Japón dinero suficiente, era natural que se atribuyera la dirección y organización de todo. Esta tarea debía serle facilitada por la mentalidad y el sentimiento de familia de los japoneses. “En el Japón,—como dice el economista alemán Zischka en su notable libro “Japón en el Mundo”—, el Emperador podía dirigir la economía de manera absoluta, no sólo porque se le considera como un Dios, tanto hoy como hace mil años, sino porque desde tiempos inmemoriales las grandes catástrofes, terremotos y salidas de mar hacían comprender al pueblo japonés que el individuo no es nada, que sólo cooperando con todos los demás se podía esperar dominar las fuerzas de la naturaleza”.

El Emperador en persona asumió, pues, la dirección de los negocios del país, asesorado al principio por un cuerpo deliberativo y consultivo, una especie de Consejo de Estado, constituido por representantes de los mismos “daymios” y “samurais” que habían devuelto al Monarca su poder renunciando a sus derechos y prerrogativas. Ese Consejo fué sustituido a poco por una entidad que debía asumir un rol más activo, el “Genro-in”, integrado no solamente por señores nobles, sino también por tres comerciantes, a quienes hasta entonces no se les había reconocido ninguna influencia ni poder político. Se les llamó porque eran ellos los que mejor conocían “el mundo blanco”. Con su intervención se consiguió en Londres, en 1870, el primer empréstito extranjero, de un millón de libras esterlinas. Nadie se sospechaba que ese millón iba a servir de primera piedra a la formidable estructura industrial del Japón, ni que haría pasar a segundo plano, sesenta años más tarde, la hasta entonces preponderante industria de tejidos de algodón de Inglaterra.

El “Genro-in”, compuesto por los hombres más eminentes y

experimentados del país, asumió así la construcción del Japón moderno. Se disolvió oficialmente en 1889 cuando al promulgarse la Constitución fueron transferidas sus atribuciones al Parlamento. Pero sus miembros, rodeados de un prestigio y respeto reverenciales, continuaron siendo escuchados, a manera de oráculos, por el trono y el país entero, en todas las grandes emergencias. El Príncipe Saionji, último sobreviviente de los "Genros", y que actualmente cuenta con 90 años de edad, es un verdadero patriarca nacional.

La fuerza de las circunstancias llevó pues al Estado a ejercer una centralización rigurosa y a constituirse en empresario industrial. Al empréstito levantado en Londres siguió, en 1872, un empréstito interno de 30 millones de yens, que cubrieron los comerciantes, por ser los únicos, aparte de unas pocas familias nobles protegidas por los shogunes, que habían acumulado algún caudal.

Con el dinero del empréstito inglés se compraron en 1870 dos modernos telares para algodón de 2.000 husos cada uno. Al mismo tiempo se instalaron, con maquinaria americana, dos fábricas fiscales de cemento y una de cristales. Luego se fundaron plantas de gas y de electricidad; hilanderías y fábricas de tintes y de conservas.

Aparte de los empréstitos, el Estado obtuvo también capital para las primeras inversiones impulsando la explotación de los yacimientos de oro y plata con que cuenta el país. Así mismo, se emprendió la extracción, conforme a métodos modernos y bajo la dirección de ingenieros europeos, del carbón y del cobre, que son las únicas materias primas de consideración que posee el Japón. Fué principalmente con las ganancias mineras que se creó la industria textil, llamada a dominar los mercados mundiales. La industria de la seda, de otro lado, la única digna de mención en el Japón antiguo, cobró un auge extraordinario, con la creación de escuelas e institutos para su fomento.

El Estado construyó también los primeros ferrocarriles, así como los primeros astilleros, y adquirió cierto número de buques viejos, para que sirvieran de modelo a los que se construyeran en adelante en el país. Hoy la marina mercante del Japón, con más de 4 millones de toneladas, ocupa el tercer lugar después de las de Inglaterra y los Estados Unidos. Y la Compañía "Nippon Yusen

Kaisha", que el Estado subvenciona, es la más importante empresa naviera del mundo, con una flota, en 1936, de 650 mil toneladas.

Hasta 1884 el Estado fué el supremo organizador de la producción y del transporte. Pero a medida que se fueron formando en el país técnicos y expertos y que el capital privado llegó a adquirir importancia, empezó a retirarse el Estado de la dirección inmediata de las empresas industriales, cediendo a particulares, primero la industria textil y luego la minera. El Japón pasó así, deliberada y paulatinamente, del capitalismo fiscal al capitalismo privado. La vida económica del país había llegado a complicarse demasiado para ser dirigida por unos cuantos empleados fiscales. El Estado, por lo demás, no poseía los medios suficientes para las nuevas inversiones que reclamaba el acelerado desarrollo de la economía. Fué por ello que resolvió transformar los monopolios fiscales en privados; pero manteniendo la dirección centralizada, reservándose la vigilancia de la producción y creando organizaciones de venta y, sobre todo, concentrando todos los medios de producción en las manos de unas pocas familias poderosas. De esta manera, al mismo tiempo que se repartía el riesgo, se ampliaban las bases de la economía nacional. Simultáneamente se atraía el capital extranjero, particularmente el inglés.

Ya se ha dicho que siendo el Estado el único poseedor de recursos suficientes, apenas cooperaron con él, en la primera etapa del proceso de industrialización, dos o tres familias de la aristocracia que habían reunido algo de capital gracias a su parentesco con los shogunes o al favor de éstos. La primera fábrica del Japón, una hilandería con 5.000 husos, fué fundada en 1862 por el Príncipe Satsuma; y la primera hilandería de seda en 1870, por la familia Maebashi. La primera fundición de hierro se implantó por los Mitsui, los únicos entre todos los señores nobles que, venciendo los prejuicios y hasta el menosprecio que el tráfico comercial merecía, habían traficado llegando hasta fundar una especie de Banco, antecedente de la gigantesca institución bancaria que hoy preside sus múltiples negocios. Pero faltos de experiencia y de conocimientos técnicos suficientes, así como de capitales bastantes, tuvieron que conformarse con que el Estado se atribuyera al principio el rol principal en la producción y en la circulación de la riqueza. La subsiguiente preponderancia, consentida por el Estado, de esas fa-

milias oligarcas, constituye una de las características más singulares del régimen económico del Japón.

Fué a partir de 1895 que ciertos clanes de la antigua nobleza comenzaron a asumir un positivo rol dirigente en la vida económica del país. Habiéndose señalado el Estado tan sólo una misión de promotor en la transformación que se operaba, cedió sin dificultad la dirección de las fábricas a aquellas grandes familias que habían venido colaborando con él en la industrialización de la nación. Los monopolios del Estado se transformaron así, sin dificultad, en "trust" o monopolios de los Satsuma, de los Okura, de los Mitsui, de los Mitsubishi, o de los Sumitomo. Sin mayores tropiezos y paulatinamente pasó el control de las fábricas más importantes, de los Bancos y de casi todos los medios de transporte,—con excepción de los ferrocarriles cuyas principales líneas pertenecen al Estado—, a unas pocas firmas cuyo número se ha venido reduciendo cada vez más, por un fenómeno de absorción a la vez que de concentración. De todas esas familias, la de los Mitsui y la de los Mitsubishi, han llegado a ser hoy las más poderosas, verdaderos estados dentro del Estado. Los jefes de los dos "trusts" competidores, el barón Mitsui y el barón Iwasaki, tienen bajo su dirección, entre otras cosas, la totalidad de la industria pesada.

Pero si bien las industrias japonesas ya no pertenecen al Estado sino a particulares, el cambio no ha alterado el sistema de la economía del país. Esta sigue siendo tan dirigida y tan centralizada como en la época de Meiji-Tenno. Sólo que ahora son los jefes de ciertas castas linajudas quienes controlan y dirigen las principales industrias del país. El economista Zischka, en su libro ya citado, estima que bajo el control director de los Mitsui, cuya fortuna personal se calcula en cerca de 600 millones de dólares, se encuentran más de 200 empresas, de las más diversas e importantes, con un capital de 1.800 millones de dólares, aparte del sinnúmero de negocios que indirectamente dirigen. El mismo autor afirma que por las manos de los Mitsui pasaron, en 1935, el 85 % de la lana importada, el 40 % de todos los cereales, el 57 % del carbón japonés y el 40 % de las máquinas importadas y exportadas.

La concentración de poder que los Mitsui y los Mitsubishi representan no se encuentra en ninguna otra parte; pues no solamente dominan la economía, sino que ejercen también su influencia

sobre la política, sobre la educación, sobre la prensa. Pero a diferencia de los magnates europeos y norteamericanos que muchas veces han mantenido con los Gobiernos recíprocas resistencias, los Mitsui y los Mitsubishi han sido en todo tiempo los aliados y colaboradores del Estado y su política se ha inspirado, sin perder de vista su interés personal, por un sentimiento de responsabilidad frente a la nación.

La extraordinaria eficiencia del comercio de exportación japonés cabe atribuirle, en buena parte, a esa concentración de la vida económica así como a la fundación de gremios y asociaciones de industriales y exportadores. Estas instituciones son las que han transformado al comercio japonés en uno de los más temibles del mundo. Leyes especiales rigen su organización y regulan la exportación de mercaderías de la misma clase y su distribución en los mercados internos.

He aquí expuestos, a grandes rasgos, el proceso y los caracteres de la organización económica del Japón contemporáneo.

Mas para tener una idea aproximadamente integral de la economía del Japón, quedan por examinar otras cuestiones: en primer término, la medida en que contribuyen los instrumentos humanos y los recursos materiales a sustentar la política de expansión industrial del país; y luego, algunos de los resultados obtenidos y las posibilidades de dicha política.

El rápido aumento de su población le ha dado al Japón brazos abundantes y baratos para su industria y ha sido la condición, a la vez que el efecto, de su expansión. Prohibida o restringida la entrada a los inmigrantes japoneses en casi todos los países del mundo, no le quedó al Japón otro recurso para alimentar a su población, que crece en un millón de habitantes cada año, que el de enviar mercaderías al extranjero, ya que no podía enviar inmigrantes. El número total de japoneses que residen en el extranjero es inferior al excedente anual de nacimientos.

El comercio de exportación por su parte, solo puede prosperar a base de un costo de producción bajo. En un país como el Ja-

pón, esclavo de la materia prima extranjera y sin un imperio colonial que pueda proporcionársela en la medida necesaria, ese bajo costo únicamente cabe obtenerlo a expensas de los trabajadores, con salarios inferiores a los de los países industriales competidores. Los obreros japoneses se han conformado, por lo demás, con su suerte y no han entorpecido aquella política ineludible. Las cifras de las últimas estadísticas oficiales japonesas, correspondientes al año 1937, arrojan un salario medio, considerando a todas las industrias y tanto a los varones como a las mujeres, de 1 yen 83 sens diarios, lo que equivale aproximadamente a S|. 2.50 nuestros. En la industria textil, que es la que más interesa, el salario medio asciende tan solo a 1.05 yen, o sea alrededor de S|. 1.50.

A primera vista los salarios medios citados pueden parecer menos exigüos de lo que comunmente se cree, por lo menos en relación con nuestra situación, ya que no con respecto a los salarios de países de nivel de vida superior, como Estados Unidos o Inglaterra. Pero lo que ocurre es que esas cifras no traducen los salarios líquidos que realmente perciben los obreros que trabajan en la industria. Aquellas se hallan afectos en el hecho, a deducciones por razón de impuestos o de la contribución al seguro social obligatorio, cuyas cuotas se distribuyen entre el Estado, el obrero y el patrón en la proporción de 10 % a cargo del primero y de 45 % a cargo de cada uno de los dos últimos. También es menester tener en cuenta que en el Japón suele pagarse parte del salario en especies, alojamiento o alimentación. En muchas de las grandes fábricas los obreros y obreras viven en pabellones-dormitorios que se levantan dentro del área que ocupan dichas fábricas. En Osaka visitamos algunos de esos dormitorios, ejemplares por su limpieza y buen orden. Rige en ellos una disciplina que poco se diferencia de la del cuartel o la escuela.

La mano de obra femenina adquiere cada día mayor importancia, sobre todo en las hilanderías y en la industria de la seda. Ello es perceptible a simple vista. El perfeccionamiento de las maquinarias no hace sino facilitar esa sustitución. Se calcula que el 90 % de las obreras japonesas habitan en los dormitorios de las fábricas en que trabajan. Según una estadística extranjera,—que cito con ciertas reservas—, el 65 % de todos los obreros de las grandes in-

dustrias japonesas serían mujeres; y ellas solo cobrarían el 31 % de la totalidad de los salarios pagados.

Pero no obstante el predominio económico de la industria, las empresas industriales solamente proporcionan ocupación a cerca de 4 millones de personas, mientras que, según el último censo, el 48 % de todas las familias japonesas viven de la agricultura; más de la mitad en la condición de arrendatarias. Dada la escasez de tierras, el problema agrario del Japón es de los más graves y la situación de los campesinos de lo más angustiosa que cabe. Mientras que los resultados económicos de la industria y del comercio no han cesado de subir en forma vertiginosa desde la apertura de los puertos en 1854, la superficie cultivada del Japón y el resultado del esfuerzo de sus habitantes que trabajan la tierra permanece casi estacionario. Se asegura que de los 5 millones de familias campesinas, 3.1|2 millones poseen tierras inferiores a media hectárea; 1.1|2 millón más de media hectárea, pero menos de una; y solamente 4.000 familias más de 50 hectáreas. La miseria de los campesinos provee a la industria de brazos baratos y ha conducido fatalmente a la política militar y a las conquistas territoriales. Cada año nacen 600.000 niños en el campo. Ello no obstante, en las regiones ganadas al Imperio no han llegado a establecerse ni dos millones de japoneses. Pocos campesinos japoneses han pasado a Formosa y menos aún a Corea y Manchukúo, regiones éstas demasiado septentrionales y de clima ingrato para los insulares. En las tierras conquistadas, el Japón ha encontrado, más que suelo propicio para sus campesinos, mercados y materias primas.

El reclutamiento del Ejército y de la Marina entre la agobiada población campesina ha tenido por ello en el Japón las más trascendentales consecuencias. Casi todos los oficiales vienen del campo. Estos nunca dejan de tener presente la penuria de sus paisanos, que han sentido en carne propia; y su más ardiente deseo será siempre ofrecerles nuevas posibilidades de vida, conquistando, si fuera necesario, nuevas tierras. Pero no con los métodos lentos y apenas perceptibles de la expansión económica, sino,—como alguien dijera—, “a la manera de los samurais, en la lucha abierta, con las armas en la mano”. De allí que los puntos de vista del ejército no hayan coincidido siempre con los de los grandes magnates y sus voceros. para quienes la política nacional debe seguir basándose en la expansión

industrial y en los salarios bajos. Los desacuerdos han degenerado varias veces, en los últimos años, en motines sangrientos y en asesinatos de políticos.

Pero el hecho es que la sobrepoblación dicta los salarios en el Japón. Para satisfacer sus necesidades de materia prima dependen inexorablemente los japoneses de los mercados extranjeros. Al Imperio de las Islas le falta espacio y alimentos y su población, tal como la de Inglaterra, se moriría de hambre sin la industria y el intercambio comercial.

La producción agrícola consiste principalmente en cereales y entre éstos el arroz, fundamento de la alimentación popular, representa en volumen más del doble del conjunto de todos los demás. Ello no obstante, la producción nacional de arroz resulta ya insuficiente, con el aumento de la población, y el Japón necesita importar cantidades considerables de la India inglesa, de Siam, y de Indochina. En 1937 se importó por un valor de más de 4 millones de yens.

Otros productos agrícolas como la cebada, el trigo, el maíz, las patatas, los frijoles, etc., tampoco bastan para las necesidades del país. Igual cosa ocurre con las frutas, el té, el tabaco. En 1937 se importó trigo por un valor de 29 millones de yens, habas de soya por un valor de 74 millones, azúcar por un valor de 18 millones.

La ganadería tampoco alcanza a proporcionar al pueblo una adecuada alimentación carnívora ni a la industria de tejidos de lana, la materia prima necesaria. Sin embargo, ni el ganado ni la carne figuran en las estadísticas japonesas entre los principales artículos de importación.

De no ser por la abundante variedad de peces y mariscos que se encuentran en los mares que rodean al archipiélago, el Japón no tendría como reemplazar, en parte, la insuficiencia de los productos alimenticios de su tierra. Los japoneses, por lo demás, han sabido explotar como nadie la riqueza natural de sus mares, la que concurre, junto con el arroz, a proveer a la población de uno de sus alimentos primordiales. Se calcula que la tercera parte de los peces sacados de todos los océanos son pescados en aguas japonesas.

La industria pesquera, en ciertos sentidos la más importante para el país, es una de las menos centralizadas. Algunas cifras, to-

madas de las últimas publicaciones estadísticas, bastan para dar una elocuente idea de su magnitud. Se tiene, en primer término, que el número total de personas ocupadas en la pesca e industrias manufactureras conexas y derivadas asciende a 1.534.000, o sea algo más de la mitad del total empleado por la misma industria en el mundo entero. Ninguna otra industria, aparte, tal vez, de la textil y desde luego de la agrícola, ocupa tantos brazos en el Japón. El valor total de la producción pesquera, en su estado natural, ascendió en 1936 a 382 millones de yens (aproximadamente 500 millones de soles). En el año anterior, el de los productos manufacturados, esto es, conservas, fertilizantes, aceites, gelatinas, pescado seco y salado, pastas, etc., a cerca de 100 millones de yens (aproximadamente 140 millones de soles). La exportación de productos provenientes de la pesca ocupa un lugar importante en el comercio exterior del Japón y alcanzó en el año 1936, incluyendo productos manufacturados y otros como pescado congelado, a la cantidad de 162 millones de yens. La gran Compañía pesquera "Nippon Suisan Ltd.", cuya admirable Estación Central de Tobata tuvimos oportunidad de visitar, es la más poderosa entidad en el ramo y cuenta con un capital de 93 millones de yens (aproximadamente 130 millones de soles).

Mas no obstante su abundancia, los productos pesqueros son incapaces de sustituir por sí solos, como se comprenderá, la escasez de productos alimenticios de la tierra. Lo angustioso del problema, el espectro del hambre que siempre se cierne sobre el Japón, tiene embarcados a los hombres de ciencia del "Instituto de Nutrición del Gobierno Imperial" en inventar una dieta sintética que, en un momento dado, le permita al Gobierno afrontar indefinidamente el problema alimenticio del país, utilizando sus propios recursos naturales. Se asegura que el Dr. Tadasu Saiki, Director del Instituto, después de terribles experiencias que por poco le han costado la vida, ha llegado a confeccionar una dieta científica y espartana compuesta de hierbas, plantas, raíces, langostas y hasta de culebras, capaz de asegurar en un caso de emergencia, el sustento de la población.

Pero sea de ello lo que fuere, lo efectivo es que hasta ahora los productos del suelo no llegan a satisfacer las necesidades del pue-

blo japonés; y que todos los años salen al extranjero cerca de 300 millones de yens para compensar la falta de alimentos en el país.

Y del mismo modo que la gente perecería de hambre sin la importación de artículos alimenticios, la industria japonesa tampoco podría subsistir sin las compras en el extranjero. Se halla edificada sobre un terreno desprovisto de recursos naturales suficientes.

Las diversas industrias textiles de hilado y tejido, sin duda las más importantes no tanto por el número de personas que ocupan (1.088,698 en 1937), —que bien puede ser menor que el de la industria pesquera y sus derivados—, cuanto por el valor de su producción, dependen, con la sola excepción de la industria de la seda natural, de las importaciones. El algodón desmotado constituye el principal artículo de importación, con un valor de más de 865 millones de yens en 1937. La lana, con un valor de más de 300 millones de yens en el mismo año, ocupa el segundo lugar en las mismas estadísticas. Se comprende pues, el empeño de los japoneses en sacudirse de ese tributo que pagan al extranjero. Por todos los medios posibles el capital japonés estimula el cultivo del algodón en los lugares propicios de Manchukío y se promueve, allí mismo, el desarrollo de la industria ganadera. Propagandistas destacados por el Gobierno viajan por las aldeas induciendo a los campesinos a que reemplacen el cultivo del haba-soya por algodón y también por trigo.

Mientras tanto, la industria japonesa de tejidos de algodón ha sobrepasado ya en volumen a la producción de la industria inglesa. Osaka ha vencido a Manchester y le sigue ganando terreno en los mercados asiáticos y aún en territorios sujetos a la dominación o a la influencia británica. La lucha está empeñada, siendo difícil preveer su desenlace.

La industria de tejidos de seda es la única, quizás, en la que el Japón no depende de las importaciones. La crianza de gusanos, una industria en gran parte doméstica, ha llevado al Japón a ocupar el segundo lugar entre los países productores de seda, después de la China, y el primero entre los que exportan la materia prima al extranjero. Y como la invención de la seda artificial comprometiera su floreciente industria de seda natural, el Japón se puso también a fabricar el nuevo artículo competidor, con el nota-

ble resultado de que, desde el año 1933, ocupa el primer puesto entre los países que lo fabrican.

Las riquezas mineras del Japón, con ser de las más considerables, tampoco cubren las necesidades de su industria metalúrgica ni lo proveen de los combustibles que consume. Existen ricas cuencas carboníferas en las islas de Yeso y Kyushu así como en las de Honshu y otras del archipiélago, cuya explotación se encuentra concentrada en manos de grandes sociedades pertenecientes a los Mitsui o a los Mitsubishi. Pero no obstante de que la producción alcanzó en el año 1935, en el Japón propiamente dicho y según las últimas cifras publicadas, a 37 millones de toneladas métricas, con un valor de 270 millones de yens, fué preciso en el mismo año importar carbón por un valor de 50 millones de yens, para completar los requerimientos de la industria.

Con respecto al petróleo, su producción tampoco asegura el abastecimiento del país, a pesar del acuerdo soviético-japonés del año 1925, que le ha reservado al Japón, durante 50 años, la mitad de las empresas de la región Norte de la isla Sajalin. La producción de petróleo crudo fué de 4 millones de hectólitros en el año 1935, con un valor de 12 millones de yens. Esto alcanza, a lo sumo, para una séptima parte de las necesidades nacionales en tiempo de paz. La esclavitud del petróleo es una de las más angustiosas que gravitan sobre el Japón. Para librarse de ella continúan las exploraciones en Formosa y especialmente en Manchukúo, y se establecen grandes plantas de fabricación de bencina sintética, con métodos de liquefacción del carbón.

Las reservas metálicas, sin ser despreciables, no son muy importantes, salvo en lo que concierne al cobre, en cuya explotación ocupa el Japón un lugar importante entre los países productores, con 70 mil toneladas métricas anuales,—más del doble de la producción del Perú—, y un valor de 52 millones de yens.

Entre los demás minerales, su producción en el año 1935—, último que registra el "Financial and Economic Annual of Japan" de 1938—, fué la siguiente, en orden de valor decreciente: el oro con 18 mil kilogramos y un valor de 56 millones de yens (el Japón ocupa el 10º lugar entre los países productores de este metal); el hierro cochino, con 413 mil toneladas métricas y un valor de 26 millones de yens; la plata, con 256 toneladas métricas y un valor

de 17 millones de yens; las piritas de hierro, con 1 millón de toneladas métricas y un valor de 13 millones de yens; los sulfuros, con 185 mil toneladas métricas y un valor de 10.1 2 millones de yens; el zinc, con 34 mil toneladas métricas y un valor de 10 millones de yens; el plomo, con 7 mil toneladas métricas y un valor de 2 millones de yens. Pero ninguno de estos minerales basta al consumo que de ellos se hace. Algunos son susceptibles de incremento en su explotación, como el hierro, el antimonio, etc. Las minas de oro, cobre y plata de Formosa, así como sus cuencas carboníferas, ofrecen también posibilidades de un mayor desarrollo. El capital japonés promueve, al mismo tiempo, la explotación del hierro y del carbón de Manchukúo. Pero otros minerales como el estaño, el mercurio, el tungsteno, el manganeso, el aluminio, el platino, el molibdeno, el vanadio, faltan por completo, tanto en el Japón como en las regiones conquistadas.

Dadas las condiciones descritas de la economía japonesa no es de llamar la atención que su balanza comercial se haya tornado desfavorable desde el año 1919, después de la asombrosa y anormal expansión que experimentó durante la Gran Guerra. La política de autarquía hoy en boga, que en todas partes conduce a la elevación de las barreras aduaneras en la forma de simples aumentos en las tarifas, o de cuotas y restricciones, amenaza al Japón como a ninguna otra potencia industrial, ya que le resulta más difícil a aquel dirigir hacia sus mercados interiores o coloniales lo que no pudiera seguir exportando. Con todo, y a pesar de esa política, las cifras del comercio exterior del Japón no han cesado de elevarse. El valor total de las exportaciones de mercaderías en el año 1937, incluyendo las de Corea y Formosa, alcanzó a la formidable cifra de 3.318 millones de yens, y el de las importaciones a la aún mayor de 3.953 millones, arrojando este exceso de importaciones, un saldo desfavorable al Japón, de 635 millones de yens aproximadamente.

En cuanto a la importancia del mercado interior del país, es diversamente apreciada en las estadísticas japonesas y extranjeras. Según las primeras el 80 % de la producción total es absorbido por el mercado interior; conforme a las segundas, tan sólo del 38 al 45 %. Contraponen estos últimos cálculos al caso del Japón, los de Inglaterra y Alemania, que sólo logran exportar, en tiempos de au-

ge, el 25 % de su producción industrial. Para aumentar la importancia de su mercado interior, tendría el Japón que introducir un cambio completo en su política: fomentar el alza de los salarios y la elevación del nivel general de vida, para acrecentar la fuerza adquisitiva interior de la población; todo ello a expensas del comercio de exportación, cuya prosperidad se basa precisamente en la baratura de la mano de obra. Y sin exportación el Japón no podría subsistir. La solución del problema lleva, pues, a un círculo vicioso.

Volviendo a la balanza comercial. Los principales artículos de exportación, por orden de valor decreciente, fueron los siguientes en 1937: géneros de algodón; seda en bruto; géneros de seda artificial; maquinaria; comestibles en conserva; géneros de seda natural; artículos tejidos de punto; hilados de algodón; manufacturas de acero; artículos de loza; géneros de lana; hilados de seda artificial; juguetes; papel; madera; vidrio; etc.

En cuanto a las importaciones, se encuentra que los principales rubros en el mismo año, por orden de valor decreciente, están representados por algodón desmotado y en rama; pulpa para la fabricación de papel; caucho; habas y frijoles; madera; carbón; cakes y sustancias aceitosas; cueros; fibras vegetales; fosforita; trigo; sulfato de amonio; azúcar; etc.

Gracias a los Mandatos que le fueron conferidos sobre las antiguas colonias alemanas del Pacífico, el Japón se ha independizado de la importación de copra, con la que ha establecido una importante industria de margarina. Las islas Carolinas lo proveen, así mismo, de casi todos los limones y de la mayor parte de los plátanos que consume.

Si se trata de clasificar al comercio exterior japonés por mercados se advierte que, en 1937, el continente asiático absorbió el 51 % de las exportaciones japonesas; Norte América (excluyendo América Central) el 20 %; Europa el 11 %; África el 7 %; Sud América tan solo el 3 %; y Oceanía y Centro América el resto. De las importaciones, el 36 % provino de Norte América (excluyendo América Central); 34 % del Asia; 13 % de Europa; 5.9 % de Oceanía; 5.5 % de África; 4.3 % de Sud América; y el resto de la América Central. La preponderancia del continente asiático, del llama-

do "bloque del yen", es pues manifiesta en el intercambio comercial japonés.

Considerando en particular a los países con los que el Japón comerció, los Estados Unidos ocupan, decididamente, el puesto de primer cliente. Los porcentajes señalados para "Norte América" le corresponden casi en su totalidad. Según estadísticas provisionales del Departamento de Comercio de los EE. UU., en el año 1938 importaron los Estados Unidos del Japón mercaderías por valor de 131.696.000 dólares, cifra considerable que solamente fué superada por las importaciones del Canadá, que pasaron de doscientos millones de dólares. En el mismo año las exportaciones de Estados Unidos al Japón ascendieron a 238.680.000 dólares. Se produjo así en 1938 un saldo favorable de más de 106 millones de dólares para los Estados Unidos en su balanza comercial con el Japón, clasificándose este país como el mejor comprador de las exportaciones norteamericanas, después del Reino Unido y del Canadá.

Al Japón le venden principalmnete los Estados Unidos algodón, productos metalúrgicos semi-acabados, metales, máquinas, automóviles, trigo, petróleo, etc. Del Japón reciben seda en hilados y tejida, t , fósforos, bibelotes, etc.

Dada la magnitud apuntada del intercambio comercial yankee-japonés y el apreciable beneficio que los Estados Unidos retiran del negocio, se comprende que causará la más profunda sensación en el mundo la denuncia hecha por el Gobierno de la Unión, en julio ppdo., del tratado de comercio y navegación concluido con el Japón en el año 1911. Desde el principio, sin embargo, se atribuyó a la decisión del Gobierno de Washington una significación principalmente política, susceptible de ser neutralizada en sus efectos antes de que expire,—el 26 de enero de 1940—, el término de seis meses a partir del cual surtirá efecto la denuncia. Los Estados Unidos persiguieron en ese momento, con su iniciativa, efectuar un pronunciamiento ostensible y ruidoso en favor de la política de "puerta abierta" en el Extremo Oriente, a la vez que sustentar la posición británica de oponerse a los avances del imperialismo nipón. Pero la guerra europea sobrevinida después de la denuncia del tratado, ha venido a cambiar la faz de las cosas. La perspectiva de una nueva época de auge industrial se le presenta otra vez al

Japón, convirtiéndolo en un cliente mucho más apetecible de lo que ya lo era para los Estados Unidos. Y no parece que este país fuera a proceder en perjuicio de sus intereses económicos y políticos, manteniendo con el Japón, en las actuales circunstancias, una situación de entredicho. Por lo pronto, noticias cablegráficas recientes dan cuenta de conversaciones en Tokyo que se anuncian como el prelude del restablecimiento de las relaciones comerciales entre los dos países, sobre las bases más amistosas.

Parece indudable que el Japón retirará ventajas del presente conflicto,—como las retiró de la pasada guerra—, reemplazando en los distintos mercados al comercio y a la marina mercante alemanas. Al propio tiempo, la dificultad por la que habrá de pasar Gran Bretaña para abastecer a sus colonias, no hará sino facilitar la infiltración en ellas del comercio japonés.

Pero si bien la balanza comercial general arroja, según se ha visto, un saldo desfavorable al Japón, no por ello el país se empobrece; pues en su balanza internacional de pagos, en la que se comprenden los diversos factores del llamado "comercio invisible", obtiene un saldo acreedor. En el año 1936 el Haber de dicha balanza, constituido fundamentalmente por la exportación de mercaderías, por los intereses de capitales invertidos en el extranjero, por fletes y servicios prestados a países extranjeros, por remesas de inmigrantes; gastos de turistas y del Cuerpo Diplomático acreditado en el Japón, etc., ascendió a la cantidad de 3.723 millones de yens, lo que significó un saldo favorable al Japón de 129 millones de yens, cifra ésta que no alcanza a dar,—desde luego—, sino una idea muy aproximada del enriquecimiento nacional, pues no revela el destino reproductivo dado a determinados artículos importados, ni el consiguiente crecimiento en la capitalización del país.

Tales son, muy someramente expuestos, el cuadro y los caracteres de la economía japonesa, y las condiciones en que ésta se desenvuelve.

La magnitud del esfuerzo realizado por el pueblo japonés en los últimos ochenta años, no puede dejar de suscitar la mayor admiración. Ha edificado, en ese tiempo, un Imperio industrial y mi-

litar de primera magnitud, a fuerza de voluntad y de sistema, sin contar con los recursos naturales necesarios para semejante empresa. Hoy en el Japón se fabrica de todo. Ningún país industrial deja de sentir la competencia de las mercaderías japonesas. Su organización ejemplar, dirigida y centralizada, así como la baratura de los salarios, lo coloca en la lucha en situación ventajosa. A causa de esto el mundo entero lo mira con recelo. La política de expansión, por su parte, ha estimulado el aumento de la población. El Japón está sobrepoblado; le falta espacio y alimentos. Vive de su suelo menos que cualquier otro país. Estas deficiencias solo puede salvarlas con las ganancias derivadas de la venta al extranjero de los productos que fabrica con materia prima importada. La perspectiva de la crisis que sobrevendría en el país el día en que se le cerraran los mercados con que actualmente cuenta, es realmente pavorosa.

La manera como el Japón deberá resolver en el futuro los graves problemas que lo agitan, es una de las cuestiones más interesantes de la hora. La lucha por la existencia de esa gran nación, consciente y orgullosa de su poder, a la vez que persuadida de su glorioso destino, ofrece caracteres verdaderamente dramáticos, y tiene que llevarla, inexorablemente, a continuar en la expansión. Dependerá de las circunstancias el que se resuelva por proseguirla manteniendo la campaña en los mercados mundiales, o haciendo uso de su poder militar. Por lo pronto, su política reciente está participando, en distintos terrenos, de las dos alternativas.

Enrique GARCIA SAYAN.